DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

LIC. JOAQUIN CHICO GONZALEZ.

LA NOCHE DEL 23 DE ABRIL DE

1913.

VELADA LITERARIA

CON QUE SE CELEBRÓ EL XVI

CENTENARIO DE LAS

LIBERTADES OTORGADAS AL

CRISTIANISMO, POR CONSTANTINO

EL GRANDE.

GOERNE, PATIÑO Y CIA.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

LIC. JOAQUIN CHICO GONZALEZ,

LA NOCHE DEL 23 DE ABRIL DE

1913.

VELADA LITERARIA
CON QUE SE CELEBRÓ EL XVI
CENTENARIO DE LAS
LIBERTADES OTORGADAS AL
CRISTIANISMO, POR CONSTANTINO
EL GRANDE.

GOERNE, PATIÑO Y CIA.

ILUSTRISIMO SEÑOR.

SEÑORAS. SEÑORES.

La Historia, ese libro cuyas páginas no pueden leerse atentamente, sin encontrar en el pasado útiles lecciones para el porvenir, y cuyos relatos suelen impresionar á la vez que el cerebro el corazón; nos presenta elocuentes enseñanzas en los acontecimientos que conmemoramos en el aniversario de hoy, uno de los hechos mas trascendentales para la humanidad y que despierta el mayor entuciasmo: la conquista de la libertad en una de sus más preciadas manifestaciones, por medio de la Fé

*
* *

Filosóficamente hablando, no hay verdad demostrada de manera tan palpable que, sin la concurrencia de la fé, genéricamente considerada, pueda avasallar en modo absoluto la conciencia. La certidumbre y aún la evidencia que no escapa á las leyes generales que norman las labo-

res de la razón en el campo de las investigaciones, no se adquieren sino por una suma de probabilidades de tal manera grande que, hacen inestimables las que de contrario se presentan en insignificante proporción y que entonces caen bajo el dominio de la fé, la cual en todo razonamiento se encuentra en razón inversa de los elementos positivos de demostración

Y esta fé, creadora de los grandes éxitos como el que alcanzára Cristobal Colón atravesando los mares en busca de desconocidas tierras ó el que obtuviese Galileo en sus científicas investigaciones, fué tambien la que necesitára Constantino y que no pudo adquirir sin que de manera y forma sobrenatural le tocase la Fé religiosa, pues que tenía en contra la mayoría absoluta de probabilidades de éxito, para obtener la victoria en notorio desigual combate que prescedió á la conquista de las libertades cristianas, y en el que se empeñó creyendo en el triunfo, por la visión que le había impresionado bajo la forma de una cruz á la que tributase honores despues, en la nueva capital de su imperio á la que dió su nombre.

Constantino, cuyos lejanos y trascendentales hechos le han valido la inmortalidad ante la Historia, nos hace recordar ese vivo monumento que perpetúa su nombre y al que le diera este desde hace 1588 años, la antigua Bizancio, ciudad que reconstruyó dentro del perímetro que personalmente marcara en el terreno con el hierro de su lanza guerrera y que abarcó extensa superficie guiados sus pasos al trazar su recinto, según dijo, por una visión que delante de él caminaba y á la que seguiría hasta donde se detuviera; ciudad de Constantinopla convertida entonces

en capital del grande cuanto fastuoso imperio romano, de esa Roma, Señora del mundo por donde pasaron todos los pueblos; en donde todas las glorias se dieron cita, y cuya remota civilización aun ilumina al jurisconsulto moderno, al través de tantos y tan lejanos tiempos, y cuya ciudad embelleció asociando las artes de la Grecia con todo el poder de los romanos y convirtiéndola en depositaria del Apolo Pitio, de las Musas de Parnaso, de los fatídicos trípodes de Delfos, y de la diosa Rhea que los argonautas habían colocado en época remota en las cumbres del monte Dídimo, con cuyas obras de arte decoró el palacio, el hipodromo y el foro.

Azarosa es, por otra parte, la historia de Constantinopla, de esa gran capital del Oriente que sufrió todas las dominaciones que á Grecia se impusieron; que fué ocupada por Darío rey de los persas, anexada luego á Esparta y Atenas, liberada del sitio del Philipo de Macedonia por el ascendiente que sobre las legiones ejerciera la elocuencia de Demostenes, sometida á Roma bajo el imperio de Claudio, arrasada por el emperador Septimo Severo, reconstruida por el emperador Caracalla, sitiada muchas veces por los Persas, los Arabes, los Bulgaros y los Rusos, y hecha memorable por Constantino quien al convertirla en capital del imperio romano, levantó sobre el principal de sus edificios, la mezquita de Santa Sofia, la cruz del cristiano á la que desde hace 460 años substituye la media luna de los Turcos. En estos momentos, coincidencia singular, cuando celebramos los triunfos de la Cruz en lejanos tiempos y en esa capital, asedia la misma ciudad un ejercito Bulgaro de cristianos ortodoxos cuyos pasos en la

actualidad marca siempre la victoria, y lo más probable es que dentro de poco tiempo aquella Cruz vuelva á erguirse en donde le tributara honores Constantino, en lugar de la enseña del Profeta

Mahomet II, ese príncipe sanguinario que escaló el trono por medio de un fratricidio y que por rara casualidad unía á su instinto cruel un espíritu culto, grandesa de alma y amor por las letras y las artes; que protegía las ciencias y se hizo notable por sus leyes militares é instituciones civiles, y que mereció el renombre de Conquistador con el que designa la Historia al que por la fuerza de las armas se posesionó de la Grecia Central, la Servia, el imperio de Trebisonda, Lesbos, la Valaquia, Bosnia, Negroponte, Georgia, Circasia, Moldavia, Albania y las islas del Adriático, y murió cuando amenazaba á Roma, á Persia, y á ese territorio en el que medio siglo antes de la Era Cristiana reinára aquella fantástica y hermosa mujer cuya sola hermosura y perfidia vencieron á los mas grandes soldados del mundo encadenando á sus piés como esclavos al vencedor de Pompeyo en los campos de Farsalia, y á un Marco Antonio; fué quien desde 1453 y como el primero de sus actos guerreros tomó por derecho de conquista la ciudad de Constantinopla, en donde hiciera imperar la enseña de la Media Luna, en vez de la cruz de Constantino.

Nada tan elocuente como esta enseña religiosa, la Cruz, que si en su origen significó un instrumento de oprobioso castigo, desde que en esa Cruz muriera Cristo es un símbolo de redención que abrió nuevos horizontes para la humanidad; que resplandece en lugar de honor en los pechos

condecorados por acciones heroicas, filantrópicas ó de benefactores, y tiene un puesto en las coronas de los mismos reyes, siendo á la vez la bandera de una religión que es todo amor, toda fe, toda esperanza; religión que dió á quienes la profesaban durante los tres primeros y principios del cuarto siglos de esta Era histórica, el valor suficiente para proclamar intrépidos aun á costa de sus vidas los principios de pobreza en un mundo idólatra de la opulencia, la humildad en el siglo del orgullo, la igualdad y confraternidad universal, cuando por las leyes mismas é inveteradas costumbres estaba establecida la desigualdad entre los hombres; y la libertad, en medio de las instituciones que sancionaban la esclavitud bajo todas sus formas; no la libertad que excluye el órden y se adquiere con la rebeldía, sino la libertad que resiste á todo atentado contra la independencia del espíritu y de la conciencia.

Esta religión que, como lo dice Chateaubriand no impone virtudes abstractas, sino las que nacen de los mas nobles impulsos del alma; que no es sino la consagración de las actividades del entendimiento y del corazón hacia Dios; que como un faro ilumina al mundo con sus explendores, constituye el vínculo de unión entre los hombres y entre las naciones; y que en tiempo de los romanos tenía por campo la vasta extensión que á ese imperio dieran sus conquistas y cuya carta geográfica le marcara los límites hasta donde alcanzaron los sanos principios de su moral, es el Cristianismo al que Constantino otorgára una libertad por la que tanto lucharon quienes profesaban esa creencia, arrostrando por ella el martirio en aquel magestuoso Circo Romano que entre las colinas del Aventino y

el Palatino construyó el Etrusco Tarquino el Antiguo y en cuya arena llegaron á verse combatir, alguna vez, hasta 300 leones, con 100 leopardos y 300 osos.

La libertad, que es el mayor de los bienes, que es innata en el hombre y que, como lo dice un notable escritor, es el aire que alimenta nuestra alma desde que nacemos, y á la que, sin embargo del ningún respeto que se le tenía en la antigiiedad sancionando la esclavitud y restringiendo la conciencia, inconscientemente le levantase en Roma Tiberio Graco, aquel famoso munumento cuya base formaban una serie de estatuas y columnas de bronce de inestimable valor, sustentando en el coronamiento la simbólica figura de una respetable matrona romana que empuñaba el cetro representación irrisoria del simbolismo mismo de al estatua; la libertad, repito, bajo todas sus manifestaciones descansa como fundamento el mas sólido y esencial sobre las libertades de la conciencia y del pensamiento, con las que se encuentra intimamente ligada la de poder exteriorizar aquellas.

Por esto con tanto heroismo defendieron esas libertades sostenidos por la Fé, aquellos cristianos que en medio de la anarquía y el despotismo romano de su época, y víctimas de las más terribles persecuciones, juguetes de los insolentes caprichos de los dominadores, esclavos en los orgástulos ó pasto de los leones para diversión del pueblo; aclamaban para ellos como para sus enemigos, al mismo Dios, y como el distinguido jurisconsulto Tertuliano pedian la libertad de conciencia no solo para ellos, para el senado ó para una nación, sino para el universo entero.

La perseverancia, hija de la fé y sostenida por la esperanza, siempre á sido creadora del éxito cuando se persigue el bien; y fué con estas armas con las que los cristianos del cuarto siglo conquistaron la mas grande de las libertades y primera de todas ellas; la de la conciencia y el pensamiento.

Dilatada, cruenta y tenáz, fué la lucha que tuvieron que sostener, no por medio de las armas sino imponiendo la verdad por la virtud y el sacrificio, hasta que, en el año de 313 y desaparecido el estado anormal que dividía la dominación de Roma entre los emperadores Maximiano y Galerio, Constantino y Maxencio en Occidente, Maximino y Licinio en Oriente; Constantino, ese gran guerrero y organizador que desde los primeros años de su juventud y en época de Dioclesiano se distinguiera tanto por su fuerza física que le dió la victoria en corta lucha y cuerpo á cuerpo con un robusto león de los desiertos africanos, como por su genio y valentia de soldado y espíritu justiciero y progresista; publicó en Milán aquel memorable edicto protector del cristianismo perseguido, y que con entusiasmo recordamos en esta velada; conteniendo entre otros mandatos las siguientes significativas palabras: "Una cosa es combatir persiguiendo la corona de la inmortalidad, y otra usar de violencia para imponer una religión: á nadie se inquiete por su creencia: el que goce de la luz aprovéchese de ella, para iluminar á los demás, pero si no lo consigue déjelos tranquilos"

Pero, por más que el gran emperador de quien venimos haciendo memoria tuviese un espíritu sutil é inovador que sabía aprovechar las oportunidades caminando siempre tras el progreso y mejoramiento; no se debe unicamente á sus notables dotes, el triunfo de la libertad de concien-

cia y de enseñanza: fué una causa eficiente superior la que tan preciado bien trajese á la humanidad: fué Dios, adivinado ya por los filósofos de la antiguedad como Platón, dicípulo de Sócrates y quien atribuyendo al mismo Dios el principio, el fin y el medio de todas las cosas, operando siempre el bien, aconsejaba á quien quisiera asegurarse una vida venturosa, que se conformara con la justicia divina y la obedeciera con humilde docilidad

En efecto, á la publicación del edicto que sancionára hace 1600 años libertades que como una novedad se han consignado más tarde en modernas Constituciones, prescedió un hecho sorprendente y de trascendentales consecuencias, que nos relata el historiador Eusebio; hecho por medio del que Dios despertará la Fé religiosa en el corazón de Constantino induciéndole al siguiente año á publicar tal edicto, y que le diera fé en sus propios esfuerzos para alcanzar el más glorioso triunfo guerrero, en desigual batalla con el alzado Maxencio quien encontró la muerte en medio del combate cayendo al Tiber desde el puente Milvio, y cuyo ejercito de 188,000 hombres atacó con sólo 40,000 soldados en época en que no compenzaba el número la calidad de las armas ni la táctica científica, sino que se luchaba cuerpo á cuerpo como combatió con éxito cada soldado con cuatro ó más enemigos

Tal hecho precursor de la batalla y que los historiadores refieren fué que, al acercarse el ejercito de Constantino á las orillas del Tiber, momentos antes de entablarse la lucha descubrió aquel emperador, en el firmamento y destacándose sobre el sol, una cruz de fuego orlada por la siguiente inscripción: "Con este signo vencerás"—Esa visión que despertára la Fé Cristiana en el emperador que tras del triunfo militar fué aclamado al entrar á Roma, como libertador de la Patria, y que hizo desde entonces que la bandera de sus ejércitos fuese una cruz, fué tambien el que haciendole tener confianza en si mismo por la protección sobrenatural con que creyó contar, le hizo tener fé en la victoria y coronó su empresa con el éxito

Constantino ha merecido de la Historia el renombre de Grande, con el que se le distingue; conquistó entre los paganos por su justicia, los honores de un dios; y los cristianos, á quienes otorgará las más preciadas libertades y cuya cruz adoptó como pendón honroso de sus legiones, lo cuentan entre el número de sus apóstoles

* *
*

Yo, Señores, afortunadamente guardo sin vacilación alguna la Fé religiosa en que me educaron mis mayores; con íntima satisfacción recuerdo el altar ante el que por primera vez oré cnando niño, despertandose en mi alma las mas risueñas esperanzas é inspirándome los mas grandes sentimientos de mi vida; durante los largos años que de esta cuenta ya, siempre he encontrado, postrándome ante Dios, la serenidad de mis pasiones y el consuelo en las adversidades; y el día en que muera, pediré un asilo á la Cruz, bajo cuyos sagrados brazos está el lugar que más amo y venero: la tumba de mi padre

Por esto hago votos porque esa Cruz, símbolo de redención, bandera de la Fé, emblema del amor, nos recuerde siempre el cumplimiento de los deberes que nos impone la religión que Constantino protegiera y que encierra to-

dos los ideales de perfeccionamiento humano; nos mantenga la Fé que vive de la Esperanza, sin cuyas virtudes todo éxito en el mundo y en el más allá es irrealizable; y nos una con los estrechos vínculos de la Caridad, hija predilecta del amor, en cuyas múltiples y variadas manifestaciones de abnegación, igualdad y confraternidad, encuentra el hombre la paz del alma, la familia, el bienestar y la dicha, la sociedad un importante factor del progreso, y la patria, virtuosos ciudadanos que la hacen fuerte, respetable y felíz.

Guanajuato, Abril 23 de 1913.

J. CHICO GONZALEZ.